

Entrevista

**MILITAR SECUESTRADO POR
LAS FARC DURANTE DIEZ AÑOS Y CUATRO MESES**

WILIAM HUMBERTO PÉREZ MEDINA

INTERNACIONAL



**“Había un odio muy especial de los guerrilleros
hacia los políticos, más que a los militares”**

por Ricardo Angoso

¿Podría contar cómo llegó el ejército y cuánto tiempo prestó sus servicios en las Fuerzas Armadas?

Entré en el ejército a los 19 años por vocación hacia las armas y ya llevé 22 sirviendo en la Fuerzas Armadas. Sigo en activo, todavía no me he retirado y trabajo en un área administrativa.

¿Podría darme detalles de cómo se produjo su secuestro?

Yo estaba en el Caquetá, una de las regiones de Colombia donde es más intenso el conflicto entre las FARC y las Fuerzas Armadas, y llegamos en octubre de 1997 y, un año después, en 1998, mientras hacíamos patrullas, se producen unos combates muy duros en los que mueren unos sesenta soldados, asesinados por los terroristas. Y durante esos combates, yo estaba con unos heridos, pues era enfermero y esa era mi obligación, y fui capturado con dieciocho soldados desarmados y en mal estado, heridos quiero decir. Ya se escuchaban pocos disparos y parecía que había pasado el combate. Pero no fue así y llegó la guerrilla disparando, fuimos desarmados y secuestrados desde ese momento. Tenía un asistente, que también fue secuestrado. Mi movilidad era muy reducida, ya que tenía que atender los heridos, y no me podía mover ni huir. Nos quitaron las armas, nos quitaron el chaleco y nos obligaron a arrodillarnos, pensé en esos momentos que me matarían, pero no fue así. Y así comenzó ese calvario, ese secuestro que duró diez años y cuatro meses.

¿Cómo transcurrió su largo secuestro?

A mí me secuestran en el 98 y hubo algunos momentos para la esperanza. Por ejemplo, en el 2001 hubo un proceso de paz y se iba a producir la liberación de una serie de secuestrados que estaban heridos; era la época del Caguán y se habían producido acercamientos entre las FARC y el gobierno de Pastrana. Finalmente, se decide que se van todos los soldados y serán puestos en libertad en el marco de ese proceso. Entonces, llega el momento de irnos, nos vamos alistando des-

pues de cuatro años secuestrados y teníamos una gran esperanza en recuperar la libertad. Caminamos unos cien metros y nos obligaron a sentarnos. Se truncó toda la esperanza y nos devolvieron al cautiverio a los que éramos mandos, como yo, que era cabo. Soltaron a los soldados y a nosotros, de una forma cruel, nos volvieron a retener después de que se nos había dicho que íbamos a quedar libres. Cuando nos dicen eso yo perdí toda esperanza. Nos preguntábamos qué iba a pasar con nosotros y comenzó a reinar la incertidumbre entre los que habíamos regresado al secuestro. Luego llegaron otros seis años de secuestro. Ese día estuve todo el día fumando y pensé que nos acabarían asesinando. Después nos comenzaron a tratar un poco mejor pero fue un momento muy difícil.

“ Vivíamos el día a día sin esperanza de volver a ser libres

Pasados unos días de esa tentativa de liberación, comenzaron a llegar los secuestrados que estaban en otras partes del país, incluidos civiles, y también oficiales y suboficiales. Fue el momento más duro del secuestro, allí encarcelados entre alambres de espino y encadenados. Una situación realmente terrible la que vivimos en esos momentos.

¿Qué condiciones de alimentación, salud y limpieza tenían?

Eran los momentos de la zona de distensión del Caguán y de los diálogos, lo cual supuso que teníamos las tres comidas al día y que llegaban los alimentos que la guerrilla necesitaba. La alimentación era aceptable para las duras condiciones que padecíamos. El problema era que cuando nos trasladaban de un lugar para otro, que era algo normal para las FARC, se hacía compleja la logística y las condiciones de vida empeoraban. Los ope-

rativos militares trataban, cuando se rompieron las negociaciones, de que a la guerrilla no le llegaran los alimentos y eso, claro, también nos afectaba a nosotros. Muchas veces, incluso, comíamos una vez al día. A veces comíamos unas palomitas con algo de café y una sola vez al día. Hubo de todo, pero en general la alimentación cambiaba en función de si estábamos en un campamento o en fase de traslado. Era una auténtica lotería.

LAS RELACIONES CON LOS GUERRILLEROS DE LAS FARC

¿Y las relaciones de vosotros, los secuestrados, con la gente de las FARC, cómo fueron?

Hasta cuando estuvimos en la primera fase, con todos los compañeros secuestrados que fueron liberados después de cuatro años secuestrados, casi no hubo ninguna relación. Nos daban de comer tres veces al día y no había más comunicación. No hablábamos apenas con los guerrilleros. Pero para mí lo peor del secuestro eran las cadenas que nos ponían para que no escapáramos. Nos encadenaban por parejas, siempre tenías que estar encadenado a tu pareja, de la que no te desprendías ni para ir al baño. ¿Te imaginas no poder separarte en todo el día de la persona con la que vas encadenada? Tenías que comer, caminar, bañarte, ir al baño, hacer todo con esa pareja. Eso para mí fue lo peor del secuestro, la parte más indigna y humana de ese largo cautiverio que pasé en la selva. Así he pasado ocho años, atado a esa cadena, que me acabó dejando marcas que tardaron años en borrarse y sanar. Era, además, una cadena muy pesada.

Luego también los guerrilleros nos hacían auténticas maldades, como colocarnos arena, puntas e incluso piedras en la comida, ¿cómo se puede caer tan bajo? Pero, pese a todo, lo peor fueron las cadenas y fue el momento más humillante. Nos convirtieron en animales, era algo absolutamente inhumano y humillante. La relación con los guerrilleros era para decirles lo que necesitábamos y tratar de alguna forma que nos lo dieran. Más tarde, esa relación se fue deteriorando,

pasaba el tiempo y no se veía ninguna esperanza para nosotros de que fuéramos a ser liberados. Vivíamos el día a día sin apenas esperanzas de volver a ser libres.

¿Conoció a alguno de los líderes de las FARC durante su secuestro?

Nos visitaban algunas veces los líderes de las FARC y en el curso de una de esas visitas conocí a Simón Trinidad, al Mono Jojoy, a Edison Romaña y otros. Nos visitaban y hablaban con nosotros, nos contaban cómo iba el proceso de paz del Caguán y cómo iban las cosas en las negociaciones con el Gobierno. También nos decían que nos prepararíamos para tres años más de cautiverio. No veían la forma de acabar con el conflicto y dejarnos en libertad. Nos hablaban de cuestiones internas, de cómo se nos trataba y cómo nos iba en general. Luego nos amenazaban con matarnos si el ejército o los cuerpos de seguridad intentaban liberarnos en el curso de un operativo. Éramos sus rehenes y no podíamos hacer más que escucharles.

AYUDANDO A INGRID BETANCUR

Durante su cautiverio conoció a Clara Rojas e Ingrid Betancur, ¿cómo fue su relación con ellas?

Con Clara estuve muy poco tiempo porque nos separaron en dos grupos distintos. Ella llegó embarazada de siete meses. Pero no pude hablar mucho con ella porque fue el momento en que nos separaron a un lado a los militares y a otro a los civiles. Yo la veía secuestrada con otros civiles, pero realmente nunca tuve un gran contacto con ella ni pude establecer comunicación con Clara. Luego tuvo su hijo y me contactaron para consultarme como enfermero, aunque yo personalmente no la asistí porque nadie me lo pidió. Nos mostraron el niño, que tenía el brazo partido por las condiciones en que se realizó la cesárea y que fue realizada por gente que no tenía los conocimientos adecuados. Sin embargo, en ese momento fue cuando nos separaron porque estaba habiendo muchos operativos militares contra la guerrilla y decidieron trasladarnos a un sitio más

seguro, parecía que el ejército sabía donde estábamos y querían liberarnos. Nos separaron y conformaron un grupo en el que estaban los tres norteamericanos secuestrados, Luis Eladio Pérez, Ingrid Bentacur, varios policías y yo mismo. Nos ubicaban en grupos de diez, para hacer más operativo nuestro traslado, y ser más práctico en términos de logística y de vigilancia. En ese grupo de rehenes conformado por diez personas estuvimos como cinco años, aunque en alguna ocasión los norteamericanos fueron aislados de nosotros y llevados a otro lugar. Para los norteamericanos, aparte del secuestro, la situación era muy dura porque no hablaban español a excepción de uno de ellos, Tom, que sí lo hablaba ya que había vivido en América Latina durante treinta años. Además, eran civiles y no estaban acostumbrados ese tipo de vida en la selva, que es muy dura, todo hay que decirlo.

También para Ingrid Betancur la situación sería muy dura...

Primero era civil y después era una mujer rodeada de hombres. Un día Ingrid me llegó llorando porque le tocaba hacer sus necesidades en el campo y frente a los guerrilleros, una situación inhumana y humillante que la vejaba como mujer. Sufría mucho por esas situaciones por ser mujer en un medio hostil y masculino. Por ese motivo, y para ayudarla, yo comencé a improvisar un baño con un plástico que siempre llevaba para que Ingrid tuviera un poco de intimidad ante esas situaciones. Intentaba que su vida fuera más fácil en la selva. También había un odio muy especial de los guerrilleros hacia los políticos, mucho más que el que podían tener a los policías y a los militares, como que entre nosotros parecía que hablábamos el mismo lenguaje. A los políticos les negaban todo tipo de ayuda, incluso dejarles botas nuevas para poder caminar por la selva. El Mono Jojoy, por ejemplo, decía que con los políticos secuestrados no quería ni hablar. Los líderes guerrilleros decían que los políticos eran los culpables de la guerra y del largo conflicto; les tenían una aversión profunda y ni siquiera les hablaban. Pero, como

ya le he dicho antes, aparte de la muerte de 63 compañeros míos y otros desaparecidos de los que nunca se supo, para mí lo más duro era estar encadenado las 24 horas del día. Me generaba roces, había que ir al baño con el compañero y tenías que estar pendiente de él todo el día. Era una situación terrible y se generaban fricciones entre nosotros por esa relación. Sin embargo, logramos sobrevivir y cuando las relaciones entre nosotros se tensionaban siempre decíamos que no debíamos de olvidar que el enemigo estaba fuera y no dentro del grupo de secuestrados.

LA OPERACIÓN JAQUE: DEL CAUTIVERIO A LA LIBERTAD



¿Qué recuerda de la operación Jaque, cuando fueron liberados por los cuerpos de seguridad?

Nosotros no intuíamos nada, no sabíamos que era una operación del ejército. Nosotros éramos trasladados permanentemente de un lugar a otro en condiciones realmente difíciles, bien fuera en bote a través del río o atravesando la selva. En los días previos a la operación Jaque fuimos trasladados a un lugar donde supuestamente nos íbamos a reunir con una delegación internacional, pero nos dimos cuenta de que algo estaba cambiando porque navegábamos en un bote y veíamos casas, negocios, locales y gente. Después de diez años y cuatro meses secuestrado comenzar a ver casas y poblaciones se nos hacía como extraño, como que algo esta-

ba pasando y no lo entendíamos. Finalmente, llegamos a un lugar donde comenzaron a darnos un trato diferente, tanto en la comida como en el manejo de los tiempos para el baño y otras necesidades. Pensábamos que iban a dar pruebas de supervivencia, que ese trato tenía que ver con querían dar a la sociedad muestras de que éramos bien tratados.

En esos días, nos anunciaron que iba a venir una comisión internacional de médicos y otros profesionales. Nos dijeron que escribiríamos cartas a la familia, que se las daríamos a la comisión internacional, y que estaríamos medio día con dicha comitiva. Nosotros hacia años que no escribíamos a



la familia, pero sinceramente yo ya no tenía nada que escribir en esa situación. ¿Qué podía decirles a mis familiares? Nos entregaron camisas y ropa nueva, ya que estábamos en uniforme todavía. Nos dijeron que prepararíamos nuestras cosas y que estuviésemos listos para recibir a la comisión, también nos informaron de que podíamos hablarles y contarles a los que nos venían a visitar lo que quisiéramos.

Luego escuchamos el ruido de los helicópteros de la supuesta comisión y fuimos llevados hasta donde estaban. Se fue un helicóptero y se quedó otro. Venían como disfrazados de comunistas, con camisetas del Che y con consignas revolucionarias en sus ropas, lo cual me llevó a pensar que eran simplemente unos guerrilleros, nada que ver con una delegación internacional. Y lle-

“ **Nos convirtieron en animales, era algo absolutamente inhumano y humillante** ”

gamos a la conclusión, además, de que ninguno de los que venía en la supuesta comisión era extranjero, sino que todos eran colombianos. Ahí no había ni un suizo ni un francés, todos colombianos, eso estaba claro. Ingrid también compartía ese juicio que hicimos inicialmente. Ni eran altos, ni rubios, ni tenían ojos claros. Todos nos pusimos enfermos, a ver si los supuestos médicos nos llevaban de vuelta a casa.

Comenzaron a entrevistar a los guerrilleros y el pesimismo cundió entre nosotros. Así, cuando estábamos viendo con incertidumbre y dudas lo que estaba pasando, Ingrid y yo comenzamos a ver que la gente se va subiendo al helicóptero por parejas. La gente iba esposada y eso fue otra señal que me generó más dudas. ¿Cómo una comisión humanitaria iba a encadenar a unos secuestrados? Era algo inaudito y extraño. Al rato llegó una mujer que iba en el grupo y le dijo a Ingrid: “Súbase a ese helicóptero que es por su bien, se lo aseguro”. Pero tras tantos años de secuestro uno ya no se creía nada. Sin embargo, pensamos que era mejor ir en helicóptero que andando a través de la selva. Ingrid y yo fuimos los últimos en entrar en la nave. Entramos, vimos a la gente relajada y despegamos rápido. De pronto, escuché un golpe duro, como si alguien hubiera caído. Era el Gafas, que era el guerrillero encargado de custodiarlos en nuestro cautiverio, que había sido inmovilizado con unas esposas plásticas de pies y manos. Le habían quitado la pistola. Allí los militares se identificaron y nos dijeron que estábamos libres. Eran del ejército y nos habían liberado. Allí

terminó mi largo cautiverio de más de diez años.

¿Y después qué vino?

La prensa se nos echó literalmente encima. Vinieron muchos reconocimientos, no solo en Colombia, sino también en el exterior del país. Fue un reconocimiento por haber atendido como enfermero a muchos guerrilleros y también a los secuestrados. La gente se enteró del trabajo que yo había hecho y me fue reconocido por varias instituciones, tanto del interior como del exterior de Colombia. Incluso ayudé a la gente que me tenía secuestrado porque era mi deber profesional.

Después vino la adaptación a la vida normal, la gente se me echaba encima y todo el día me preguntaban qué es lo me había pasado en estos diez años. Fue una confusión total al principio, era un volver a empezar, regresar a la vida normal. La familia casi no pregunta porque tienen miedo de revivir hechos que consideraban que para mí podía ser tristes y duros. Ni siquiera podía ver la televisión porque me mareaba. Fue una gran presión psicológica, incluyendo la atención psiquiátrica permanentemente. La comida me hacía daño, todo me sentaba mal. Luego, volver a la fuerza militar. Había regresado a la normalidad, había que recomponer la vida desde cero.

¿Volvió a ver a sus compañeros de cautiverio?

Con todos he tenido algún tipo de relación o los volví a ver. Nos vemos en eventos o encuentros organizados para hacernos algún homenaje. Pero la vida sigue, muchos están casados y con hijos, no es tan fácil encontrarnos. Por ejemplo, a los norteamericanos y a Ingrid los vi en el primer aniversario de nuestra liberación. Con Ingrid me hablo por correo y nos escribimos regularmente. Mantenemos ese contacto permanente, sabemos qué es de nuestras vidas. No obstante, todos los casos no son iguales, cada uno de nosotros regresó a la vida a su manera y fuimos capaces de no volvernos locos tras tantos años secuestrados en la selva. Sobrevivimos a una dura prueba y aquí estamos para contarlo.